

El médico de planta baja

El médico de la planta baja.

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2026

ISBN: 978-980-18-8757-7

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

El médico de planta baja

Dedicatoria

A quienes han despertado alguna vez sin saber quiénes eran.

A los que buscan la puerta roja.

Y a Matías, que no tuvo culpa de nada.

Prólogo

Fragmento del Protocolo de Sustitución de Identidad (PSI),
desclasificado. Archivo interno. Clínica Sotomayor.

"El paciente no debe saber que ha sido sustituido. La nueva identidad debe ser coherente, aburrida, desprovista de elementos que activen la memoria autobiográfica. Evitar nombres propios asociados a traumas. Evitar olores, canciones o texturas que puedan funcionar como anclas."

"Si el paciente comienza a recordar fragmentos del ciclo anterior, no confrontar. Aumentar la dosis de Remembran-2 y programar una sesión de electrodos de supresión."

"Si el paciente logra abrir la puerta roja, el protocolo ha fallado. Proceder a la lobotomía bilateral inmediata. No hay segundas oportunidades después de la verdad."

"Firmado: Dr. Adrián Sotomayor. Neurocirugía."

La cita anterior fue encontrada en una carpeta manchada de sangre en el sótano de una clínica abandonada en las afueras de Santiago de Chile. El autor del presente libro no ha podido

El médico de planta baja

verificar su autenticidad. Solo sabe que, cuando la leyó por primera vez, sintió un escalofrío que no podía explicar.

Como si él mismo hubiera estado allí.

Como si él mismo hubiera escrito esas palabras.

Y las hubiera olvidado.

Helimir E, López

El médico de planta baja

Antes de comenzar

Este libro no es para todos.

Es para quienes han sentido que su memoria les pertenece solo a medias. Para quienes han despertado de una pesadilla sin recordar el rostro del monstruo. Para los que han mirado un espejo y han dudado de que el reflejo sea suyo.

Aquí no encontrarás fantasmas ni casas encantadas.

Encontrarás una clínica. Un médico amable. Pastillas azules.

Y una puerta roja.

No te recomiendo abrirla.

Pero si has llegado hasta aquí, probablemente ya lo has decidido.

Índice

Portada	i
<u>Página de créditos</u>	ii
<u>Dedicatoria</u>	iii
<u>Prólogo</u>	iv
<u>Antes de comenzar</u>	vi
<u>Índice</u>	vii
<u>Capítulo 1 – Despertar</u>	1
<u>Capítulo 2 – El Dr. Sotomayor</u>	10
<u>Capítulo 3 – La rutina</u>	20
<u>Capítulo 4 – La primera noche</u>	32
<u>Capítulo 5 – El cuaderno de los otros</u>	42
<u>Capítulo 6 – La enfermera cómplice</u>	52
<u>Capítulo 7 – El procedimiento</u>	64
<u>Capítulo 8 – La historia clínica</u>	77
<u>Capítulo 9 – El espejo</u>	91
<u>Capítulo 10 – La verdad del procedimiento</u>	101
<u>Capítulo 11 – La elección</u>	112
<u>Capítulo 12 – Huida/trampa</u>	124
<u>Epílogo – Circular</u>	133
<u>Agradecimientos</u>	142
<u>Sobre el autor</u>	143

Capítulo 1

Despertar

No hubo sueño del que despertar. Solo un corte.

Un antes que no existía y un después que empezaba con los párpados pegados.

La luz era blanca, de neón, y le dolía directamente en la retina. Parpadeó una, dos, tres veces. La humedad de sus propios ojos le supo a sal. Intentó tragar y no pudo. La garganta era un tubo de papel de lija.

La boca le sabía a bilis y a algo metálico. A cobre. Como si hubiera mordido una moneda durante horas. Movié la lengua. Los dientes estaban todos, pero las encías le palpitaban.

Giró la cabeza. El movimiento fue lento, torpe, como si el cuello hubiera olvidado cómo funcionar. Las vértebras crujieron.

Paredes blancas. No había cuadros, ni carteles, ni ventanas. Solo una puerta de metal pintado del mismo blanco, sin picaporte de

El médico de planta baja

su lado. En el techo, una placa de neón zumbaba a intervalos irregulares. *Zzzz*. Silencio. *Zzzz*. Silencio.

La mesilla de metal tenía tres cosas: una jarra de agua (el líquido se veía quieto, viejo), un vaso de plástico boca abajo (con una fina capa de polvo en el borde), y un gotero colgando de un brazo articulado. El tubo de plástico terminaba en una aguja libre, sin conectar a nadie. La aguja descansaba sobre una gasa manchada de amarillo.

El suelo era de vinilo gris. Marcas negras de ruedas de camilla dibujaban un camino que iba desde la puerta hasta la cama. Ida y vuelta. Muchas veces. Como si hubieran entrado y salido con alguien sobre ruedas. Como si alguien hubiera estado atado a esa cama y lo hubieran sacado.

Se incorporó con dificultad. El colchón era fino, duro, olía a plástico y a lejía vieja. Apoyó la palma de la mano derecha para levantarse y un dolor agudo le subió por el brazo hasta el hombro.

Miró la curva del codo.

Allí había una sutura reciente. Varios puntos. Mal cosidos. El

El médico de planta baja

hilo negro se hundía en la carne inflamada, roja alrededor, y la gasa que cubría la herida estaba empapada de sangre seca de ese color marrón que tienen las cosas viejas. No dolía como debería doler una herida fresca. Dolía como si llevara días ahí. Semanas. No sabía.

Su mano izquierda, la que no dolía, subió sola hacia la nuca. Los dedos recorrieron el hueso detrás de la oreja. Encontraron una cicatriz. Pequeña. Media luna. No recordaba haber tenido eso antes.

Antes. La palabra se deshizo antes de terminar de formarse.

Bajó la manga de la bata. Era de esas que te atan por detrás con cintas sueltas. La tela era áspera, de algodón barato, y le quedaba grande. Demasiado grande. Como si la bata no fuera suya. Como si se la hubieran puesto mientras dormía.

O mientras no estaba.

Intentó recordar su nombre.

Nada.

El médico de planta baja

No fue un vacío tranquilo. Fue un muro. Una pared gris, sólida, sin puertas, sin ventanas. Del otro lado de ese muro deberían estar su infancia, su madre, la calle donde creció, el nombre de su primera novia, la marca de su primer coche. Todo eso. Una vida entera. Y no había nada.

Solo el presente. Esta cama. Este dolor en el brazo. Este zumbido de neón.

Cerró los ojos. Forzó el recuerdo como quien fuerza un músculo agarrotado. Apareció una imagen borrosa: una puerta. Roja. Muy roja. Como barnizada con algo que no era pintura. Y luego nada. La imagen se deshizo como un terrón de azúcar en agua caliente.

Abrió los ojos. Aspiró hondo.

El aire olía a menta y formol. Demasiado dulce. Demasiado fijo. No era el olor de una limpieza reciente. Era el olor de algo que llevaba años impregnado en las paredes, en la ropa de cama, en su propia piel. Alguien había querido tapar otro olor debajo. Y la menta ganaba, pero no del todo. Abajo, muy abajo, había un resto de algo podrido. Algo dulzón. Carne. Sí. Olor a carne en

El médico de planta baja

descomposición, pero muy lejano, como si viniera de la habitación de al lado.

Se tocó la cicatriz detrás de la oreja otra vez. No supo por qué.

Un ruido. No dentro. Al otro lado de la pared.

Primero un carrito de ruedas chirriando sobre el vinilo. Las ruedas no estaban bien engrasadas. Rechinaban en cada vuelta. Luego pasos. Lentos. Rítmicos. Tacones duros. Zapatos de hombre.

Luego una voz.

Apagada, profesional, como de alguien que repite la misma frase todos los días desde hace años:

"—...dosis siete ya?"

Otra voz, más grave, respondió algo ininteligible. Unas sílabas que podrían ser "no" o "todavía" o "espera". No logró distinguir.

Los pasos se acercaban. El carrito también.

El médico de planta baja

La puerta no tenía picaporte. Se abrió hacia adentro con un chirrido de bisagras sin lubricar.

Primero entró el carrito. Era de metal, de esos de hospital, con bandejas superpuestas. En la bandeja superior había pastilleros marcados con horas: 08:00, 12:00, 18:00, 22:00. En la bandeja del medio, una jeringa sin aguja. En la inferior, un frasco de cristal ámbar con una etiqueta manuscrita que él no pudo leer desde la cama.

Después del carrito entró la bata.

Blanca. Inmaculada. Planchada. Los pliegues marcados como si la hubieran prensado hace una hora. El cuello almidonado.

Los puños ajustados.

En el bolsillo izquierdo, tres bolígrafos: azul, rojo, negro.

En el derecho, un estetoscopio de latón viejo, de esos que ya no usa nadie.

Asomando por el bolsillo trasero del pantalón, un bloc de notas. Desde la cama, el hombre alcanzó a ver la hoja superior. Por

El médico de planta baja

transparencia, la escritura del dorso se filtraba. Una palabra al revés, ilegible del todo, pero una letra se distinguía: C. Luego una R. Luego el contorno de una O larga. CRÓNICO.

El carrito se detuvo a un metro de la cama.

La bata se inclinó hacia él.

Ahora vio la cara. Pero no la procesó como un rostro. Era un rostro aprendido de memoria, mal aprendido. Los rasgos no terminaban de encajar. Cincuenta y tantos años. Piel tirante en los pómulos. Ojos grises, vacíos, sin arrugas alrededor. El pelo cano, corto, peinado hacia atrás con gomina. La boca torcida en una sonrisa que no llegaba a ningún sitio.

El hombre de la bata blanca habló. La voz era grave, pausada, medida al mililitro. Como si cada sílaba hubiera sido ensayada antes de salir.

—Buenos días. No se mueva. Está a salvo.

Y por alguna razón que no podía explicar, esas palabras le sonaron a mentira.

El médico de planta baja

El médico lo miró a los ojos. Un segundo. Dos. Tres. Luego desvió la mirada hacia el carrito y empezó a ordenar los pastilleros.

—¿Sabe cómo se llama? —preguntó sin mirarlo.

La boca del hombre en la cama se abrió. No salió ningún sonido.

—No —dijo finalmente. Y su propia voz le sonó lejana, como si no fuera la suya.

El médico asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Es normal. No se preocupe. Es temporal.

Sacó el bloc del bolsillo trasero y anotó algo. Al cerrarlo, el hombre vio otra vez la palabra CRÓNICO al revés. El

médico guardó el bloc.

Volvió a sonreír. La misma sonrisa fija.

—Volveré en unas horas. Mientras tanto, descanse. Es mejor

El médico de planta baja

que no se levante. La puerta a veces se atasca.

Salió. El carrito chirrió. Los pasos se alejaron.

La puerta se cerró con un clic metálico.

El hombre en la cama se quedó mirando el techo. El neón zumbaba. Zzzz. Silencio. Zzzz. Silencio.

Su mano subió otra vez a la nuca. Los dedos encontraron la cicatriz en media luna. La acariciaron sin permiso.

En algún lugar muy dentro de su cabeza, una puerta roja seguía cerrada. Y él no sabía si quería abrirla o no.